

Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo

Juan Carlos Torre

Desarrollo Económico- Revista de Cs.
Sociales

IDES - Enero-febrero de 1989 – Vol. 28

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Lourdes Sola.....	483
Choque heterodoxo y transición política sin ruptura: un enfoque transdisciplinario.	
Juan Carlos Torre	525
Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo.	
Juan Carlos Garavaglia.....	549
Ecosistemas y tecnología agraria: Elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses (1700-1830).	
Jorge Gelman.....	577
Una región y una chacra en la campaña rioplatense: Las condiciones de la producción triguera a fines de la época colonial.	
Roberto Mizrahi.....	601
Las condiciones fundacionales del sector informal urbano.	
Información de Biblioteca	

INTERPRETANDO (UNA VEZ MÁS) LOS ORÍGENES DEL PERONISMO*

JUAN CARLOS TORRE**

Introducción

El surgimiento del sindicalismo de masas en la Argentina nos remite, en primer lugar, a un momento de crisis y reorganización del Estado a mitad de los años cuarenta, en el cual surge una nueva elite dirigente, de origen militar, que procura darse una base de apoyo social apelando a la movilización de los sectores populares. Pero esta iniciativa de la elite militar, importante como es, no nos dice nada todavía sobre la forma que toma la articulación de ese apoyo de masas. Entre una masa obrera débilmente organizada, que mantiene relaciones difusas y directas con un liderazgo de tipo paternalista, y un movimiento popular igualmente ligado a una dirección política externa pero basado en los sindicatos, hay diferencias, y éstas son las que separan la experiencia inicial de Getulio Vargas; en Brasil y la de Perón en la Argentina. Este distingo nos lleva a ocuparnos, en segundo lugar, de la intervención que le cupo a los cuadros del viejo sindicalismo argentino en la canalización y la organización de las bases populares del peronismo.

Por mucho tiempo, la participación de la vieja guardia sindical fue un tema inexistente en la historia del peronismo, debido a que fue suprimida en la versión oficial que dicho movimiento se dio de sus orígenes. Es un hecho frecuente que en la memoria ideológica de los movimientos políticos el comienzo de la historia sea el lugar de una ruptura, el momento en que, por sobre los escombros del antiguo orden, surge una voluntad revolucionaria sin lazos con el pasado inmediato. A este ejercicio de manipulación del pasado no escapó el peronismo. Según su propia imagen de la sociedad en la que nació, fueron los nuevos trabajadores, recién llegados a la ciudad y la industria con las migraciones provenientes del interior del país, los que desempeñaron el papel de esa fuerza regeneradora, correspondiendo a Perón el papel no menos decisivo de ser su intérprete y líder.

Tan persuasiva fue esta visión del peronismo que los primeros estudios realizados en los medios académicos la hicieron suya, concediendo a los nuevos trabajadores un lugar preponderante en la comprensión del movimiento político que arriba al poder en 1946. Esta coincidencia en el sujeto no fue siempre acompañada por un acuerdo en su evaluación. Mientras que los ideólogos del peronismo vieron en esos trabajadores el elemento de renovación de un orden de jerarquías y privilegios, muchos analistas tendieron a considerarlos como la base social de una experiencia de autoritarismo de masas. Así, los nuevos trabajadores, celebrados por su rol en la gestación de una sociedad más igualitaria o visualizados como la fuerza social impulsora de la instauración de un régimen no democrático, ganaron el centro de la escena en los orígenes del peronismo.

Esta imagen era demasiado superficial para salir airoso de una investigación más fiel a los hechos históricos. En un ensayo justamente importante, M. Murmis y J. C. Portantiero han mostrado que los dirigentes del movimiento obrero formado durante los quince años previos —integrado por sindicatos de servicios como los ferroviarios, el comercio, el transporte, los teléfonos— participaron de la operación política que llevó a la consolidación de la nueva elite dirigente surgida del golpe de 1943¹. Que ocuparan esa

* En un trabajo de tesis terminado en 1982 me ocupé de reconstruir los orígenes del peronismo centrandome la atención en las relaciones entre la vieja guardia sindical que dirigía el movimiento obrero y el liderazgo, emergente del entonces coronel Perón. Circunscripto al examen de la coyuntura que va desde el golpe de Estado de junio de 1943 hasta la instalación del nuevo régimen político luego del triunfo electora] de 1946, dicho trabajo sirvió de base para interpretar, una vez más, las condiciones en las que surgió y las modalidades que revistió el movimiento peronista. El marco teórico dentro del que funciona esta propuesta de interpretación está constituido por las contribuciones de Gino Cermani cuya obra ha servido de renovado estímulo a quienes hemos procurado comprender este fenómeno político tan decisivo en la Argentina contemporánea. El otro aporte presente en mi interpretación es el de Alain, Touraine, cuyos estudios sobre los movimientos sociales de América Latina contienen claves teóricas imprescindibles a mi juicio, para abordar los procesos de movilización de las masas populares en el continente. Finalmente ha sido la segura guía provista por los análisis históricos de Tulio Halperín Donghi los que me han facilitado la reconstrucción de la situación en la que surgió el peronismo. Estas contribuciones han sido revisadas e incorporadas en el texto que hoy se publica, que contiene las conclusiones finales de la investigación presentada como tesis de doctorado en la Ecole de Hautes Etudes de París. Finalmente quiero reconocer mi deuda intelectual con Silvia Sigal, con quien a lo largo de los años he mantenido un provechoso y exigente diálogo, que mucho ha contribuido a la gestación de las ideas aquí expuestas.

** Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires.

¹ MURMIS, M. y PORTANTIERO, J. C.: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

posición es comprensible: sus organizaciones eran las más importantes de la época y dichos dirigentes eran los más experimentados en la lucha social —a diferencia de los nuevos trabajadores, todavía no organizados—. Perón se dirigió, pues, primeramente, a la vieja guardia sindical para ganar su apoyo y poner los recursos, organizacionales y políticos con los que ésta contaba, al servicio de su penetración en el mundo obrero y de la conquista del poder. De esta manera, se cierra una brecha histórica existente en la interpretación tradicional. En efecto, entre el llamado a las masas realizado desde el Estado y la formación de un movimiento político popular fuertemente articulado en los sindicatos hay una experiencia de organización que la referencia a los nuevos trabajadores no logra llenar. Esta experiencia es indisociable de la acción de los antiguos militantes: si es verdad que hay un apoyo oficial a la sindicalización, no es menos verdad que el proceso de aculturación de las nuevas generaciones en las prácticas de la lucha social se lleva a cabo a través del saber acumulado en los sindicatos existentes.

Pero el redescubrimiento de la vieja guardia sindical no estuvo dictado exclusivamente, en la intención de los autores mencionados, por la fidelidad a la historia. Intentaban también cuestionar la línea interpretativa expuesta por G. Germani que, al poner el acento en los nuevos trabajadores, acudía tanto a factores psicosociales —el trauma de la repentina entrada al medio urbano— como a la persistencia de una cultura tradicional, para explicar la identificación de las masas con un liderazgo personalista externo al mundo del trabajo². En el caso de la vieja guardia sindical y del sector obrero por ella representado estamos, más bien, frente a un sujeto que puede ser definido con independencia de los cambios económicos y sociales que preceden al ascenso de Perón. Es decir, que es un grupo social ya adaptado a la vida urbana y, además, con una larga experiencia en la lucha social. A partir de esta caracterización, la respuesta positiva de los antiguos militantes a la gestión de Perón es, antes que tributaria de un fenómeno de anomia colectiva o de un síndrome clientelista, el resultado de una deliberación racional, que opone las desventajas del orden social y político anterior a las oportunidades nuevas que un orden también nuevo ofrece.

Aquí, el énfasis está puesto en la racionalidad del comportamiento obrero. De allí que en el movimiento que aproxima los trabajadores al líder militar se ponga el énfasis en la intervención social del Estado, para ver en ella la satisfacción de reivindicaciones largamente postergadas. La consecuencia casi natural de este enfoque, centrado en las vicisitudes de la situación del trabajo en el marco de la industrialización de los años treinta, es que desdibuja la distinción entre vieja y nueva clase obrera, dominante en la interpretación tradicional. De hecho, ya la sola mención del apoyo brindado a Perón por los antiguos militantes, confinados inicialmente en la versión convencional a un papel opositor, tiene por efecto el debilitamiento de los fundamentos históricos de esa distinción. A esto Murmis y Portantiero agregan que, al margen de las diferencias en cuanto a su experiencia previa, uno y otro sector del mundo del trabajo comparten una experiencia común en los años treinta: la de la explotación dentro de un proceso de acumulación capitalista sin distribución de ingresos. Esa experiencia común es la que está en la base del interés de clase que los acerca y asocia en la movilización de apoyo a la intervención social del Estado.

No obstante la importancia que reviste la contribución de estos autores, en la medida en que reintroduce a un actor hasta entonces descuidado y, por su intermedio, una perspectiva de análisis también ausente, creemos sin embargo que su enfoque no abarca en toda su complejidad el proceso en el que las masas obreras se ligan a Perón. A su manera, por cierto discutible, la interpretación tradicional intenta dar cuenta de otra y también importante dimensión de ese proceso, cual es *la constitución de nuevas identidades colectivas populares*. Nada nos obliga a hacer nuestro el enfoque a través del cual Germani estudia este fenómeno. Pero es preciso prestar atención y no eliminar esta otra problemática rechazando los conceptos y el razonamiento con los que ha sido convencionalmente abordada. Este es, precisamente, el riesgo del enfoque de Murmis y Portantiero: en su esfuerzo por exorcizar la hipótesis del irracionalismo obrero, desplazan el foco de análisis del campo de la política —donde se plantea la cuestión del tipo de vínculo entre las masas y Perón— y dirigen su mirada hacia el campo de la lucha social, en el que se articula el interés de clase³.

Es verdad que en la movilización obrera un interés de clase está presente; no lo es menos que ella expresa también una conciencia política heterónoma. La problemática de esta doble realidad de la acción de masas será el objeto de estas reflexiones. Pero anticipemos ya las líneas principales de nuestra

² GERMANI, Gino: *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós. Buenos Aires, 1966.

³ 3 En rigor, estos autores hacen referencia a esta problemática, pero lo hacen desde otro ángulo: así, distinguen entre distintos tipos de participación dentro del movimiento de masas y los ligan a las diferencias en cuanto al tipo de experiencia industrial y sindical previa. Esta distinción, muy útil en la reconstrucción de las prácticas de las organizaciones obreras en relación con el Estado, no termina, sin embargo, por dar cuenta de la formación de las identidades colectivas políticas de los trabajadores.

argumentación. La primera de ellas concierne a la necesidad de ampliar el concepto de racionalidad de la acción de masas. Visto desde la perspectiva del interés de clase, como lo hacen Murmis y Portantiero, el criterio de racionalidad está basado en la maximización de los beneficios; de allí que la adhesión a Perón pueda ser considerada verosímilmente como una función de la satisfacción de las reivindicaciones del trabajo por parte del Estado. Sabemos, sin embargo, que si es el cálculo de utilidades el que preside el acercamiento inicial a Perón, éste se resuelve, muy pronto, en una identificación política directa. Para comprender este desarrollo no es preciso salir de la idea de racionalidad⁴. Sólo que, en este caso, el criterio de racionalidad es otro, el reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras. Desde este ángulo la acción política deviene, no un medio para aumentar las ventajas materiales de acuerdo con los intereses preexistentes, sino un fin en sí mismo, cual es la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados. La pregunta que se impone inmediatamente es ésta: ¿cuál es el marco en el que la referencia a Perón actúa como un principio de unificación política de los trabajadores? Esto es, ¿cuáles son los mecanismos —distintos de la lógica propia del interés de clase— a través de los cuales opera esta lógica de la representación heterónoma?

Se comprende bien que, para responder este interrogante, es preciso contar con una nueva descripción de la situación; es decir que allí donde se habla de reivindicaciones económicas insatisfechas, se debe subrayar también la existencia de la alienación política de las masas en un orden social excluyente; donde se habla de un intervencionismo social que eleva el nivel de vida y de trabajo, hay que ver también el gesto de reconocimiento que hace de los trabajadores miembros de pleno derecho de la comunidad política nacional. En estos elementos, que son los del estado de marginalidad política de los sectores laborales y de la modalidad de su acceso a la ciudadanía están, entendemos, las claves que permiten comprender la naturaleza de la inserción de los trabajadores en el peronismo. Para ampliar esta nueva descripción, dirijamos ahora la atención al contexto de la coyuntura de los años 1943-1946.

I. La modernización conservadora de los años treinta y la crisis de participación

Si hay una categoría general que permite dar cuenta de esta coyuntura, ésta es la de "proceso de cambio político". Sin duda, es todavía una conceptualización muy vaga, pero tiene el mérito de clarificar nuestro punto de vista al descartar una visión alternativa: la que nos presenta el periodo bajo consideración en términos de la transición hacia una economía industrial y una sociedad burguesa. No estamos, en verdad, ante un cambio societal. La expansión de la industria se cumple en la década anterior bajo la dirección de la elite conservadora; es una industrialización caracterizada por la escasa intervención directa del Estado y por la progresiva interpenetración de los grupos agroexportadores y los sectores industriales emergentes.

Así, estamos lejos de la lucha de fuerzas modernizantes contra una organización productiva arcaica e inmóvil. Además, habida cuenta de que el debate económico ocupa un lugar público secundario entre 1943 y 1946, cuando éste se plantea se inscribe dentro de un modelo de desarrollo del que la industria es ya parte integrante, y que no cuestiona tampoco la subordinación que ella guarda con respecto a "la rueda maestra de la economía", que continúa siendo la acumulación agraria. ¿Dónde están, pues, los puntos débiles de esta sociedad que se transforma? A este respecto, es sugestivo recordar el contrastante lugar que tiene reservada la etapa precedente (la década del treinta) en la historia intelectual que se escribe en la Argentina.

En los ensayos económicos éstos son los años dedicados a hacer el inventario de los ajustes e innovaciones a los que apela la elite conservadora para hacer frente a la desfavorable situación internacional planteada por la crisis de 1929, los cuales, no obstante estar presididos por la esperanza de un rápido retorno al equilibrio previo, van alejando naturalmente al país de ese punto de partida y colocándolo en la senda de la industrialización. Aunque son pocos los que se privan de ironizar retrospectivamente sobre las ilusiones fallidas de la elite conservadora, los historiadores de la economía tienden a reconocer, de manera más o menos explícita, la flexibilidad que ésta paso de manifiesto en la administración de la emergencia.

En los escritos políticos la imagen dominante de los años treinta es menos celebratoria, como lo refleja bien el nombre bajo el cual se los recuerda: la Década Infame. El recurso al fraude electoral, la corrupción, he ahí los rasgos a los que ha quedado asociada la restauración conservadora que irrumpe por la fuerza en 1930. A partir de entonces vamos cómo el sistema político cesa de ser el vehículo de la presión de los sectores medios y populares y es confinado a un papel crecientemente marginal, mientras que el Estado deviene el canal directo de las influencias del bloque económico dominante.

⁴ Con relación a esta perspectiva sobre el concepto de racionalidad en la acción política ver PIZZORNO, Alessandro "Sulla razionalità della scelta democratica", en *Stato e Mercato*, N° 7, abril 1983.

Transmitidas a menudo en forma independiente, estas dos imágenes, una vez yuxtapuestas, combinan las luces y las sombras de una escena histórica cuya unidad está dada no por una clase de empresarios modernos ni por una oligarquía tradicional, sino por ambos tipos sociales juntos, reunidos en un mismo personaje —la gran burguesía agraria capitalista—, en quien se complementan el papel económico dirigente con una gestión encaminada a la reproducción de su control político y sus privilegios. *En esta escena, donde plasticidad y rigidez, dinamismo y conservadorismo se mezclan solidariamente, se hallan los puntos débiles de una sociedad que se transforma pero lo hace reforzando un orden excluyente.* Si éste es un diagnóstico válido, la coyuntura 1943-1946 aparece como el marco de un proceso de cambio político que rompe las fronteras de ese orden excluyente, incorporando a las fuerzas populares consolidadas durante el impulso modernizador.

Con los elementos reunidos, es posible sostener que la Argentina de los años treinta encaja bien en las situaciones analizadas por el esquema de la modernización. Dicho esquema parte de la identificación de una discontinuidad en la estructura económico-demográfica, habitualmente de origen externo. De allí se sigue la diversificación de las actividades productivas y urbanas y, con ella, el desarrollo de una trama más compleja de intereses sociales. El esquema se interesa luego por la reacomodación de las instituciones a los efectos generados por la modernización de la sociedad. El proceso de cambio global se resolvería idealmente por una ampliación y diferenciación institucional, la cual transformaría los nuevos intereses sociales en demandas reconocidas dentro de la comunidad política. Que ésta sea la secuencia ideal no excluye, empero, que se produzcan desfasajes a lo largo del proceso; precisamente este esquema se propone analizar las tensiones derivadas de la interacción entre la magnitud y velocidad de la modernización, y la flexibilidad y profundidad con la que se produce la recomposición institucional. Tal es el objetivo de los estudios de G. Germani, sobre los que habremos de volver enseguida⁵.

Lo que nos importa retener de esta fórmula descriptiva es la dimensión *modernización-participación* como principio de análisis del periodo bajo estudio. Los indicadores disponibles desde la mitad de la década del treinta son, en este sentido, elocuentes. De un lado ellos nos revelan, definiendo el perfil de una sociedad que cambia, la integración estructural y el ascenso objetivo del mundo del trabajo. Bajo el estímulo de la sustitución de importaciones se acortan las distancias entre regiones periféricas y regiones centrales, entre campo y ciudad, por los desplazamientos de población que suman nuevos contingentes de mano de obra al núcleo obrero urbano original, acrecido él mismo por la afluencia de los descendientes de los trabajadores inmigrantes de procedencia europea. La industrialización acelera la unificación del mercado de trabajo nacional y; a través de la creación de empleos para los recién llegados y la apertura de oportunidades nuevas para los ya establecidos, funde a unos y otros en un solo movimiento de ascenso colectivo. Sin duda entre las distintas corrientes que confluyen en el mundo del trabajo existen diferencias, como no podría ser de otro modo cuando los migrantes internos inician su entrada a un medio urbano-industrial en el que los viejos trabajadores y sus familias han tenido tiempo de adquirir una experiencia de trabajo y organización. Pero estas diferencias nos parecen menos cruciales que la común exposición de ambos a ese proceso que se ha llamado de *movilización social*, a los efectos de subrayar la quiebra de la *deferencia*⁶ tradicional y el aumento de las expectativas que acompañan la marcha de la modernización.

De otro lado, dicho proceso de movilización social no se traduce, sin embargo, en cambios apreciables en el carácter de la cuestión obrera. Es verdad que se pueden observar los comienzos de la institucionalización de las relaciones de trabajo; pero sus alcances son todavía limitados. En ausencia de una legislación general sobrevive, en rigor, una estructura de tipo estamental, cuya heterogeneidad normativa refleja el desigual poder de presión de los diversos estratos obreros. Así, se puede hablar de los ferroviarios, los empleados de comercio, los textiles, pero muy difícilmente de una fuerza obrera consolidada en torno de un estatuto compartido de garantías y derechos. La misma dificultad existe con el sindicalismo. La penetración de las organizaciones sindicales no sigue ni el ritmo ni la dirección del ingreso de los nuevos reclutas al mercado de trabajo. Si bien se observa un incremento del activismo obrero en las fábricas, éste se refleja muy parcialmente en logros desde un punto de vista organizativo. En consecuencia, la influencia

⁵ GERMANI, Gino: *Sociología de la modernización*, Paidós, Buenos Aires, 1971.

⁶ Hemos preferido traducir literalmente el término inglés *deference*, para conservar el uso que ha hecho de él la literatura académica a fin de aludir al acatamiento/subordinación/integración a un orden social y político determinado. Este término es la contrapartida en el nivel de conciencia de los actores de los conceptos de autoridad tradicional en Max Weber y hegemonía en A. Gramsci. E. P. Thompson ha examinado este aspecto de las relaciones de dominación en "Patrician Society. Plebeian Culture", *Journal of Social History*. vol. 7, N° 4, 1 974. El primer momento del proceso de movilización social en el esquema de Germani es, precisamente, la quiebra de la deferencia, esto es, el fin de la aceptación del lugar que en un sistema normativo, o en un orden hegemónico llenen los actores sociales involucrados.

sindical queda confinada a los antiguos sectores de servicios en momentos en que se agranda el lugar de la industria en la estructura ocupacional. Finalmente, la evolución de los salarios está lejos de corresponder a la expansión del empleo, marginando a los trabajadores de los frutos del crecimiento.

Si bien las transformaciones estructurales tienden a fortalecer y a poner en movimiento al mundo del trabajo, las instituciones de la restauración conservadora permanecen en gran medida sordas a esos cambios: he aquí que se perfila la escena característica de una *crisis de participación*. Pero antes de continuar con su análisis y el de las modalidades de su resolución, una observación se impone.

II. La exclusión política y la centralidad económica: las dos caras de la situación de los trabajadores

Hasta aquí hemos razonado a partir del esquema de la modernización. Pero esta concepción, que considera a la sociedad como una organización más o menos diversificada y se interesa por establecer la reacción de las instituciones ante los desafíos de la movilización social, ¿no es, en sí misma, una visión parcial de la Argentina de la época? De hecho, cuanto hemos señalado con referencia a los cambios estructurales que se operan durante la década del treinta nos está indicando la importancia nueva que cobra otra dimensión: *la de los conflictos de clase*. ¿Acaso no es éste el efecto previsible del crecimiento de las fábricas, de la unificación progresiva del mercado de trabajo, del reforzamiento de la presencia obrera dentro de un proceso de industrialización de tipo liberal? A medida que la sustitución de importaciones desplaza el dinamismo del desarrollo hacia adentro, se va gestando el espacio para la confrontación entre trabajadores y empresarios en el terreno de la producción. Sin embargo, la persistencia de formas de organización y de autoridad tradicional en las empresas, así como la falta de protección legal, obstaculizan las negociaciones y afirman el arbitrio patronal. La militancia obrera, impotente para imponer su reconocimiento en las empresas, se orienta fuera de ellas y toma la forma de huelgas dirigidas a atraer la atención de los funcionarios gubernamentales para su causa. Pero esta voluntad de insertarse en los mecanismos del patronazgo estatal raramente encuentra el eco esperado, y la desidia o la represión suelen ser las respuestas más frecuentes.

En un contexto donde las relaciones de clase están recubiertas por el peso de la dominación política y social conservadora, la expresión directa de los conflictos se debilita. Si es posible, no obstante, identificar una orientación de clase en el movimiento de los trabajadores durante estos años es a condición de definirla como una orientación más defensiva que ofensiva, vuelta menos hacia los empresarios que hacia el Estado, que opera como agente de sustentación de privilegios y de represión de las reivindicaciones populares. Lo que nos lleva nuevamente (subrayémoslo de paso), a través de un planteo diferente, al nivel político, cuya centralidad en el período previo a 1943 ya hemos visto al referimos a la crisis de participación.

Lo que hemos dicho hasta aquí con respecto al funcionamiento del mundo de la producción y las transformaciones de la modernización se puede sintetizar así: estamos en presencia de una sociedad que, en efecto, cambia y se moderniza, pero que al mismo tiempo es una sociedad ya dominada por las realidades y los problemas de una economía industrial. Esto implica que, paralelamente a las demandas de participación que entraña la puesta en movimiento de los estratos populares, los conflictos de clase se desarrollan, aunque se manifiestan en forma indirecta. *Para decirlo en los términos de la acción social: estamos ante la formación de un movimiento social mixto, en el que coexisten tanto la dimensión de la modernización y la integración política, como la de las relaciones de clase y los conflictos en el campo del trabajo.*

Para denominar a dicho movimiento, el concepto tan utilizado de movimiento nacional-popular nos parece inadecuado y parcial. Este concepto acentúa unilateralmente la primera de las dimensiones, la de modernización-integración, y está asociado a una *cierta indeterminación social*. Esto lo hace más apropiado para aquellas situaciones en las que el grado de consistencia de clase de las masas movilizadas es bajo, por lo que en su búsqueda de la incorporación política, frecuentemente pueden entrar en alianzas sociales de las más diversas y amplias. El telón de fondo de este tipo de situaciones es un avance más rápido de la urbanización sobre la industrialización y la limitada capacidad de generar empleo por parte del polo moderno de la economía; de tal suerte, la fábrica capitalista no llega a convertirse en un principio de homogeneización del conjunto de los trabajadores. Así, junto al proletariado moderno se forma una población urbana flotante, definida por una marginalidad que es tanto de naturaleza económica y social como política. Esta no es, creemos, la situación de la Argentina. Aquí el movimiento popular está caracterizado simultáneamente por un componente de clase, derivado del hecho de que el sujeto de las demandas de participación es el proletariado antiguo y nuevo que crece al ritmo de la expansión de la ocupación urbana y la integración del mercado de trabajo. Es, pues, *la doble vertiente de la exclusión del orden político y de la inserción en el*

núcleo dinámico del desarrollo la que interviene para dar su complejidad y su fuerza al movimiento popular y obrero.

La contrapartida de este perfil del movimiento de los trabajadores la encontramos en los rasgos de las fuerzas a las que se confronta. Desde este ángulo es posible hablar, igualmente, de articulación, puesto que a nivel político y en el terreno de la producción el adversario es el mismo: el conjunto de los grupos nuevos y antiguos que conducen el desarrollo, asegurando a la vez la continuidad, esto es, la restauración de un orden excluyente. Se trata del sector social que en el lenguaje sindical de la época aparece a la vez como "las fuerzas del capital" y "la minoría privilegiada", conceptos uno y otro que aluden a *la complementariedad del papel dirigente-empresario y el papel político y culturalmente conservador* del bloque en el poder. Se está lejos de esa fragmentación de los sectores dominantes en la que una burguesía modernizante se opone a una oligarquía arcaica. En consecuencia, falta el marco histórico que a menudo lleva a una acción política obrera insertada en una coalición de sectores sociales altos y bajos construida en nombre del desarrollo y la ampliación de la comunidad política nacional. Al contrario, lo que es previsible es que los clivajes políticos tengan una fuerte connotación de clase.

III. Los obstáculos a la emergencia de un nuevo movimiento social

Se ha hablado de modernización y de relaciones de clase, del proceso de movilización social que pone en movimiento a los sectores proletarios y de la constitución del campo virtual de los conflictos del trabajo. Pero, ¿dónde se encuentra el punto de confluencia de estos dos órdenes de fenómenos? El está, lo hemos anticipado también, en el nivel político. Esto es claro apenas se advierte el progresivo desajuste de las instituciones ante la complejidad nueva de la sociedad civil, que está en la base de la crisis de participación. Pero es igualmente manifiesto desde la perspectiva de las relaciones de clase, pues si la industrialización va definiendo a los protagonistas del conflicto social, éste no llega a articularse: para que el terreno de la producción sea el lugar de un conflicto abierto de clases es preciso que se levanten las barreras e interdicciones que reproducen la autocracia patronal. Lo que nos remite en este caso a la limitada institucionalización de las relaciones del trabajo. Hacia el fin de la década del treinta, una cuestión importante en la agenda de la sociedad argentina es la del acceso de los sectores populares y obreros a la ciudadanía industrial, como lo fuera a comienzos de siglo el acceso de los sectores medios a la ciudadanía política.

¿Cuáles son los datos de la situación histórica en el momento en que se plantea la recomposición del campo institucional para dar cabida al reconocimiento de las fuerzas del trabajo? La respuesta a esta pregunta contiene las claves que habrán de explicar tanto la modalidad de la incorporación política de dichas fuerzas, como los atributos del movimiento en el que habrán de expresarse. La experiencia recién evocada de los sectores medios puede ser útil como marco de referencia. En el origen de los conflictos políticos de la Argentina moderna estuvo el colapso de la fórmula fundacional ensayada por la elite conservadora a fines del siglo XIX. Dos eran los elementos que organizaban ese proyecto, según las categorías empleadas por sus estudiosos⁷. Por un lado, la creación de una república abierta, basada en las garantías de la libertad civil, reputada como el medio apropiado para incorporar valores de innovación, atraer a la inmigración europea, acelerar la ocupación productiva del territorio, implantar el comercio, extender la educación. Por otro, la consolidación de una república restrictiva, en la que el ejercicio de la libertad política queda reservado al núcleo dominante tradicional, cuyos miembros se controlan entre sí con exclusión de una mayoría que no está en condiciones ni de ser electora ni de ser representante. El éxito mismo del esfuerzo modernizador condujo bien pronto, sin embargo, al estallido de las tensiones presentes en ese proyecto. La población extranjera afluyó hacia el país, florecieron los oficios, el comercio y la educación, y se desarrolló, junto a un proletariado incipiente, una vasta clase media gracias a los efectos redistributivos de la economía agroexportadora y los canales de movilidad propios de una sociedad de frontera. Esto hace entrar en conflicto a los valores igualitarios de la república abierta con los valores jerárquicos de la república restrictiva. Los sectores medios se movilizan y, bajo la dirección del Partido Radical, impugnan la legitimidad de las prácticas políticas y demandan la libertad de sufragio. Se trata de una movilización que opone a las resistencias de la elite conservadora el recurso a la insurrección y al abstencionismo electoral. Finalmente, ya sabemos que es un sector de dicha elite, liderado por R. Sáenz Peña, el que, no ajeno a una tentativa transformista, promulga la reforma electoral de 1912.

⁷ BOTANA, Natalio: *El orden conservador*, Sudamericana. Buenos Aires, 1979.

En este breve resumen, varios son los elementos que pueden subrayarse: a) la posibilidad de la articulación de la protesta por los sectores excluidos; b) la gestión de una elite interna que orienta la movilización; c) la reacción favorable a las demandas de participación por parte del bloque en el poder, y d) el desenlace, que es el de un proceso de incorporación a través de los mecanismos del sistema político. El contraste con el caso que estamos analizando no puede ser más evidente. Si hay una similitud, ella termina después de constatar, en una experiencia y en otra, un cambio de sociedad. A partir de allí los senderos se separan. No obstante que es posible hablar de la constitución de nuevos actores sociales bajo el impacto de la modernización y la industrialización durante los años treinta, éstos no encuentran, sino muy parcialmente, el espacio para traducir sus orientaciones de acción en un movimiento colectivo.

Retomemos lo dicho. El pasaje de las orientaciones que animan al movimiento social en formación, integrado por los sectores populares y obreros, a la acción reivindicativa tropieza con numerosos obstáculos. En primer lugar, están los obstáculos puestos por la naturaleza de sus adversarios, unos sectores dominantes más ávidos de preservar sus privilegios que de avanzar sus intereses económicos. Así vemos que los empresarios se resisten a la legislación social y a la negociación salarial en nombre de las exigencias de la acumulación, transformando las empresas en bastiones celosamente protegidos de la autoridad de la gerencia. En una situación donde las prohibiciones y la represión ocupan el lugar natural de los enfrentamientos, se multiplican las dificultades para articular la protesta. Que existan huelgas intermitentes y puntuales no impide que se pueda caracterizar este período (en particular su último tramo) por una parálisis de la acción obrera, tanto más significativa cuanto que, contemporáneamente, se expande el mercado de trabajo.

En segundo lugar, están los obstáculos puestos por el estado del sistema político. Con la restauración conservadora, las instituciones pasan a ser apéndices más o menos directos de una dominación social hostil a toda forma de militancia obrera. Además, la vigencia del fraude quita importancia electoral a la cuestión social. Para las organizaciones obreras, la posibilidad de suplir las debilidades de sus posiciones en el terreno de la producción recurriendo a la presión sobre el sistema institucional se encuentra, por todo ello, bloqueada. Aunque desde un punto de vista estructural la sociedad se halla "madura", la pérdida de autonomía de las instituciones políticas impide la emergencia de movimientos sociales de base, puesto que éstos no pueden formarse y crecer sin la existencia previa de un mínimo de libertades y de garantías.

A estos obstáculos externos es preciso agregar los problemas específicos que dominan el mundo del trabajo en los años treinta: aquí se plantea la cuestión de la elite interna obrera. La afluencia de nuevos trabajadores al medio urbano-industrial no puede no afectar el liderazgo de las viejas direcciones sindicales y políticas, que deben revalidar sus títulos ante una audiencia más amplia y heterogénea. Esta cuestión ha merecido un interés privilegiado en los estudios sobre los orígenes del peronismo y aquí también lo tendrá.

IV. Acerca del debate sobre la vieja y nueva clase obrera

Las dificultades que enfrenta el antiguo liderazgo han sido abordadas a menudo con independencia de la consideración de las barreras sociales e institucionales a la acción obrera que acaban de ser evocadas. El hecho en torno del cual se discute es el lento incremento de la tasa de sindicalización en momentos en que aumenta rápidamente la fuerza de trabajo urbana. G. Germani, entre otros, entrevisté allí la expresión de dos fenómenos paralelos⁸. El primero es una versión más de la asincronía del cambio societal y del cambio institucional que comanda su interpretación de la Argentina en las vísperas de 1943. La velocidad y la amplitud que revistió el proceso de movilización social provocado por la modernización, apunta Germani, impidieron la absorción de las masas movilizadas por los canales institucionales existentes; esto fue válido tanto para el sistema político en general cuanto para las asociaciones del mundo del trabajo. Esta discontinuidad demográfica y social, de naturaleza casi física en su definición, actuó junto a la intervención de un segundo fenómeno más cualitativo: las masas movilizadas eran portadoras de valores de tipo tradicional muy opuestos a los valores de clase de las viejas direcciones obreras. La suma de la inercia institucional, de un lado, y del choque de culturas políticas, de otro, amplió la distancia entre la base y la elite del movimiento laboral, lo que se tradujo en un vacío organizacional o, más propiamente, en la puesta en

⁸ GERMANI, G.: *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Il Mulino, Bologna, 1975, cap. IV, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos", en MORA Y ARAUJO, M. y LLORENTE, I. (compiladores): *El voto peronista*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980.

disponibilidad de los nuevos contingentes de trabajadores y la pérdida de representatividad de los antiguos líderes.

Diversos son los comentarios que nos sugiere esta interpretación. Para comenzar, puede decirse que concebir tan sólo en términos de la física social la relación existente entre mutaciones sociales y diferenciación institucional, es discutible. Veamos, por ejemplo, el argumento de Germani según el cual cuanto mayor es el ritmo y la escala de los cambios y más breve la duración del proceso, tanto menor será la capacidad de los mecanismos institucionales preexistentes para integrar a los sectores movilizados. Si bien no se debe descartar el impacto específico de variables como la magnitud y la rapidez de los cambios sociales, a los efectos de analizar su influencia es preciso introducir hipótesis sobre las características del bloque en el poder. Es plausible pensar que la flexibilidad o la rigidez de las instituciones políticas estará igualmente determinada por el peso relativo que tengan dentro de aquél los sectores vueltos hacia el pasado, hacia la defensa del orden establecido. Las vicisitudes de la ampliación de la democracia tienden a estar asociadas, es innecesario subrayarlo, al predominio que alternativamente tengan, en una coyuntura concreta, el componente de innovación o el componente de dominación dentro del bloque en el poder. En este sentido, el caso de la Argentina durante los años treinta está bien ubicado e identificado cuando se habla de la restauración conservadora. *Lo que aparece como inercia institucional es también, en rigor, la manifestación del costado dominante, esto es, el aspecto autoritario de la elite que dirige el desarrollo.* Dentro de este contexto hay que situar la lenta y trabajosa penetración de la institución sindical.⁹

A pesar de que la influencia sindical no acompaña la evolución de la población trabajadora sino muy parcialmente, ella es visible, sin embargo, en las nuevas ramas industriales, como la textil, y en sectores que, como los frigoríficos y la construcción, pueden ser considerados la vía de entrada de una mano de obra poco calificada al mercado de trabajo. Esta referencia nos lleva a examinar la otra dimensión que es parte de la interpretación tradicional, la del choque de culturas políticas en el seno del mundo del trabajo. Este punto ha sido ya debatido por Tulio Halperin Donghi¹⁰, quien ha observado que: a) el núcleo obrero urbano original era menos cosmopolita y extranjero de lo que se supone, y b) las regiones de origen de los trabajadores migrantes mal pueden ser vistas como áreas marcadas por una cultura política criolla, a la que el aislamiento geográfico hubiera preservado intacta. En ausencia de investigaciones que permitan pasar del nivel demográfico-ecológico en el que está localizado el debate entre Germani y sus críticos, al conocimiento de las orientaciones culturales de los diversos sectores obreros en ese momento de cambio de la sociedad argentina, es difícil avanzar más allá de las conjeturas. Lo que nos importa destacar es que si ese conflicto de valores políticos existió, debería haber sido posible reconocerlo por sus presuntos efectos. Pero en ese plano se constata una imagen opuesta a la que se desprende de la interpretación tradicional, puesto que quienes están a la cabeza de las primeras luchas de los trabajadores de la industria en los años treinta no son otros que la *expresión por excelencia* de lo que dicha interpretación sobreentiende como orientación de clase, a saber, los militantes comunistas¹¹. Aunque precarios, los logros de los comunistas entre los trabajadores textiles, de la construcción y los frigoríficos parecen contradecir la idea de la existencia de barreras culturales entre la nueva clase obrera y la antigua dirección sindical. Más bien, si la participación de esta nueva clase obrera en la acción colectiva no fue mayor —según lo indican los índices de huelgas y la tasa de sindicalización—, las razones hay que buscarlas en la coraza autoritaria que rodea al desarrollo de signo conservador y no en un rechazo de naturaleza ideológica al llamado de las organizaciones obreras.

Cualquiera sea la interpretación que se dé, es preciso admitir que, de todos modos, permanece inamovible el punto inicial, el del liderazgo de la vieja guardia sindical. En el marco de la recomposición del mundo del trabajo que se opera en los años treinta, la vieja guardia sindical tiene dificultades para revalidar

⁹ Antes de continuar el análisis, vale la pena destacar que, desde un punto de vista comparativo, el desfase entre industrialización y sindicalización no tiene, en sí mismo, nada de sorprendente. Sin necesidad de hacer referencia a los rasgos de las elites dirigentes, es comprensible que los patrones se resistieran a poner en tela de juicio su poder de decisión unilateral en las empresas. La misma resistencia encontraron a la implantación de la C.I.O. en los Estados Unidos en la década del treinta y las organizaciones obreras en la industria francesa antes del Frente Popular. dos situaciones que, juzgadas en el plano político, no son asimilables a la de la Argentina conservadora. Sobre los Estados Unidos, cfr. BERNSTEIN, Irving: *The lean years*, Boston, 1972; Francia, en COLLINET, Michel: *L'esprit du syndicalisme*, París, 1956.

¹⁰ HALPERIN DONGHI, Tulio: "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", en MORA y ARAUJO, M. y LLORENTE, I., op. cit.

¹¹ El papel de los comunistas en el mundo del trabajo y las luchas obreras en la segunda mitad de los años treinta fue primero destacado por Celia DURRUTY en *Clase obrera y peronismo, Pasado y Presente*, Buenos Aires, 1968. Retomado luego por otros autores es, no obstante, una experiencia insuficientemente reconstruida todavía.

sus títulos y devenir el agente político capaz de articular y expresar los conflictos y demandas que animan el crecimiento de las capas populares y obreras. Sobre la naturaleza de estas dificultades volveremos más adelante.

Resumiendo los datos de la escena histórica tenemos, entonces, un nuevo movimiento social que no alcanza a constituirse, trabado por las restricciones de una dominación arcaizante y un sistema político cerrado. En una coyuntura en la que el espacio para la intervención de las fuerzas de base está casi congelado, el centro de gravedad se desplaza hacia arriba, hacia las élites dirigentes. Es allí, en el nivel del Estado, que todo se juega, sea el reforzamiento de un orden excluyente, sea la reversión de las antiguas barreras y la extensión de la participación social y política. Arribamos así a las vísperas del golpe de 1943.

V. El fracaso de la tentativa de sustitución política lanzada por Perón

A los efectos de analizar el proceso de cambio político que sigue a la revolución militar del 4 de junio, nos parece oportuno evocar dos tipos de situaciones distinguidas por Alain Touraine¹². La primera de ellas es propia de una sociedad reformista. Allí la incorporación de fuerzas nuevas se opera a través de las instituciones políticas, que representan el lugar de tratamiento de los problemas sociales. En una situación semejante, se forma, por un lado, un movimiento que presiona en favor de la participación de sectores hasta entonces marginados, mientras por otro lado hay agentes políticos —típicamente los partidos— que se hacen cargo de esas demandas y procuran su reconocimiento. Si bien el movimiento popular depende de estos agentes políticos para redefinir su posición dentro del cuadro institucional, no se somete enteramente a ellos y retiene una autonomía que le viene de su origen previo, de su arraigo en la sociedad civil. Diferente es la situación en la que la vía de las reformas políticas está clausurada y en la que prevalece un aparato de dominación y control autoritario. En este caso, el movimiento popular no logra organizarse en forma directa, en tanto que el papel de los mediadores políticos está prácticamente ausente. *Así las cosas, es la intervención del Estado, orientada por una elite de nuevo tipo, la que mediante el recurso a una acción de ruptura puede debilitar las interdicciones sociales y desbloquear el sistema político para, de un mismo golpe, abrir las puertas a la participación de los sectores populares.* Aquí, la constitución del movimiento popular no preexiste sino que es posterior a la iniciativa transformadora del agente estatal; ello habrá de traducirse en la subordinación de ese movimiento, por falta de una expresión política propia, respecto de las orientaciones de la nueva elite dirigente en el poder.

Por cierto que es esta última situación la que se esboza, en la Argentina de 1944, a medida que pierde terreno entre los militares la tentativa anacrónica y puramente represiva de la facción más integrista, en beneficio de la política de apertura social del núcleo revolucionario que rodea al coronel Perón. Más que suscitada por la fuerza de la movilización popular, que sabemos muy limitada en esa época, dicha política se inspira en los peligros potenciales de un orden regresivo e ilegítimo para el mantenimiento de los pilares del equilibrio social existente. El Estado irrumpe en la vida de las empresas, impone la negociación colectiva, repara viejos agravios, altera las normas de trabajo, se lanza, en fin, a la modernización de las clases patronales por decreto.

La otra vertiente de esta política de apertura es la liberación de las energías del mundo del trabajo. Precedidas por la protección del Estado, las asociaciones sindicales salen de su forzado letargo, van al encuentro de las bases obreras, incursionan en los dominios hasta entonces bien salvaguardados del poder patronal. En este contexto, que es el del debilitamiento de los obstáculos organizacionales e institucionales, crecen los movimientos reivindicativos, al tiempo que se desarrollan los conflictos propiamente capitalistas.

Pero bien pronto se percibe que esta intervención en el campo de las relaciones de clase es sólo un aspecto de la acción de ruptura de la elite militar lo que comanda los esfuerzos de este actor emergente es un proyecto de reorganización institucional que apunta, *por una parte, a resolver la crisis de participación del antiguo orden a través del reconocimiento de los sectores populares y, por otra, a afirmar un principio de autoridad estatal por encima de la pluralidad de las fuerzas sociales.* Ampliación de las bases de la comunidad política, consolidación de la autonomía del Estado: he ahí los contornos del proyecto que se propone levantar un verdadero Estado nacional en el lugar ocupado por el Estado *parcial y representativo*, de la restauración conservadora.

Para seguir las peripecias del proyecto de cambio político desatado desde el aparato del Estado por la elite militar y del propósito que lo anima, habremos de abordar, primeramente, la respuesta de los sectores

¹² TOURAINE. Alain: *La société invisible*, Seuil. Paris. 1977.

dominantes. Después, dirigiremos la atención a las relaciones que se establecen entre dicha elite y el movimiento popular dentro del marco de la modalidad de incorporación política en acto.

A modo de introducción digamos que *en ausencia de una aguda polarización social, de un desbordamiento del sistema político, de un fraccionamiento del viejo bloque en el poder, las chances para el fortalecimiento de un actor estatal emergente son inciertas*¹³. Y, en la Argentina anterior a 1943, no estamos ante unas clases dominantes atemorizadas por una revolución inminente. De hecho los propietarios y los empresarios no se muestran inclinados a pagar altos Precios, a renunciar a sus privilegios, para librarse de una amenaza que juzgan, a partir de su visión de la situación, improbable. Ni están dispuestos tampoco a poner la defensa de sus intereses en manos de la nueva elite que se autopostula para esa misión.

Por lo demás, lejos está de facilitar la *entente* una política social que en nombre de la reconciliación de clases alienta la movilización de los trabajadores. Esta política es, empero, parte inseparable del proyecto en curso: es la presencia de las masas movilizadas la que confiere a la elite militar su papel excepcional de árbitro. Ciertamente desde la perspectiva de Perón no se trata de dejar abierto el campo a la espontaneidad popular: ésta debe ser disciplinada y canalizada. Pero los reaseguros estatales no debilitan la hostilidad de los patrones, que no ven diferencia alguna entre las banderas rojas del pasado, frágiles como eran, y las banderas azules y blancas que el régimen militar reparte entre las masas movilizadas.

Es que los objetivos de la intervención estatal, a pesar de no ser revolucionarios —su inspirador rechaza en todo momento verse asociado a un propósito semejante—, comportan transformaciones muy profundas del antiguo orden. No solamente en lo que la nueva política social tiene de más evidente: la limitación del poder de decisión unilateral de los jefes de empresa. Por los derechos que reconoce, por la influencia que otorga a quienes han estado hasta entonces excluidos, el proyecto del Estado trasciende el terreno de la producción para acelerar *la crisis de la deferencia* que la vieja sociedad jerárquica acostumbraba a esperar de sus estratos más bajos. De esta manera, la gestión de la elite militar vuelve *efectivo* lo que existía en forma *virtual* en el origen, en las condiciones iniciales del proceso de cambio político por efecto de la modernización: nos referimos a la descomposición de un modelo hegemónico global y al desencadenamiento de un estado de movilización social generalizado.

Todo esto no escapa a la percepción de los sectores dominantes, que reaccionan primero con frialdad, para pasar luego a la resistencia frente a las reformas sociales y a la tentativa de sustitución política lanzada desde el Estado. Pero esa acción de ruptura del agente estatal, que profundiza el derrumbe de un orden basado en la marginalidad popular y la distancia social, no vuelca únicamente a la oposición al mundo del dinero y los privilegios. Son los sectores medios urbanos los que primero engruesan el frente de resistencia. Vino a confirmarse así que la relativa plasticidad con la que la Argentina tradicional habla asignado a estos sectores un lugar relevante en el sistema sirvió para inculcar, también entre ellos, la adhesión que otros mejor situados profesaban por el equilibrio social y político existente. Frente a las masas en movimiento, un reflejo cultural conservador reemplaza a ese progresismo que habla sido característico de los sectores medios en el pasado, y en nombre de la defensa de la ley y las instituciones se colocan a la cabeza de la ofensiva civilista contra las innovaciones del régimen militar.

Oposición de clase y resistencia cultural se confunden y refuerzan en el frente común que aproxima a los sectores dominantes y los sectores medios. Esto explica, de un lado, el carácter traumático del acceso de las capas populares y obreras a la ciudadanía industrial; de otro, el hecho de que el Estado se vea obligado a abandonar su pretensión de arbitraje, a tomar partido y a descender al combate social y político que dividirá en dos campos la sociedad argentina.

VI. La democratización por vía autoritaria y sus alcances

Ya anticipamos que las relaciones entre la nueva elite dirigente y el movimiento popular están influidas por la modalidad que asume la incorporación política de las masas. A fin de extraer de ella todo su valor histórico, esta proposición general debe ser especificada, tomando en cuenta, en primer lugar, el perfil social e institucional de la sociedad de la época y, en segundo lugar, los efectos de la lucha por el poder en la coyuntura de 1943 a 1946.

Para comenzar, subrayemos una vez más que los derechos adquiridos por los trabajadores después de 1943 no son el resultado de prolongadas luchas contra un poder de clase adverso entronizado en el Estado. Más bien, estamos ante *un proceso de democratización por vía autoritaria* (utilizando la definición de A.

¹³ ZERMENÓ, Sergio: "Estado y sociedad en el capitalismo tardío", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, N° I, 1977.

Touraine), en el cual el cambio político no sigue la secuencia que va desde las luchas sociales a las reformas institucionales sino que es motorizado por la acción de ruptura de la elite estatal. Es, pues, en el contexto de una iniciativa lanzada desde arriba que surge en la sociedad una movilización que combina la lucha de clases y la demanda de participación, el enfrentamiento con los patrones pero también con las estructuras de poder que protegen sus privilegios. Así las cosas, la fusión de las dos vertientes de la movilización dentro de un movimiento político no llega a ser asegurada por los agentes directos de clase —los sindicatos y partidos obreros— sino por la nueva elite dirigente, cuya acción de ruptura del orden dominante comanda el cambio político.

La interpretación que proponemos guarda una cierta similitud con la realizada por A. Touraine sobre la formación de movimientos populares en América Latina¹⁴. El punto de contacto reside en el papel que cumplen en su articulación los agentes políticos externos al movimiento popular—típicamente, los líderes nacionalistas y las elites de origen estatal—. Hay, sin embargo, diferencias que deben ser explicitadas y que remiten a las peculiaridades del caso argentino dentro de los países de la región.

En el esquema de Touraine, la intervención de dichos agentes políticos externos es una función de la desarticulación característica de las sociedades en desarrollo de América Latina. En las condiciones iniciales tenemos, pues, una sociedad en la que coexisten un polo capitalista dinámico, controlado por una burguesía extranjera, orientado en general hacia el mercado internacional, y una vasta periferia subordinada, que opera como reserva de mano de obra y como abastecedora de alimentos y servicios personales baratos, sometida a la dominación de oligarquías locales. La consecuencia de esta penetración capitalista limitada, que toma la forma de una dualización del espacio económico, es un mercado de trabajo débilmente integrado, donde se juxtaponen las relaciones salariales propias de la fábrica capitalista con una variedad de otras formas arcaicas de inserción de la fuerza de trabajo. En este cuadro, donde la heterogeneidad de las relaciones sociales debilita la articulación de las posiciones de clase, es difícil hablar de un conjunto de trabajadores unificados como clase a nivel nacional. Así se tiene, de un lado, un sindicalismo que es menos un movimiento de clase y más el portavoz corporativo del sector obrero asalariado, que presiona en defensa de sus ingresos mientras procura aumentar al mismo tiempo las ventajas relativas derivadas de su pertenencia al núcleo capitalista moderno. Del otro, está la protesta intermitente de los trabajadores poco ligados a la industria, para quienes no se trata de combatir la explotación cuanto de escapar a la marginalidad social y económica.

Si en una situación semejante puede hablarse del mundo del trabajo, es a condición —agrega Touraine— de subrayar a la vez que la clase de referencia está dividida en dos por el dualismo económico y social. De allí que se pueda afirmar que, dado un mundo del trabajo fragmentado, es una intervención de origen externo la que provee la cohesión que los mismos trabajadores no están en condiciones de generar a parte de su propia experiencia de trabajo. Esta intervención puede ser, diríamos, indirecta. Este es el caso de las políticas del Estado de signo autoritario y regresivo, que afectan al conjunto de los diversos actores obreros y tienen por efecto una reacción defensiva generalizada: un ejemplo de ello son las huelgas generales en el Perú de los años cincuenta y sesenta, en las que, al regionalismo y al seccionalismo creados por la débil integración nacional y el dualismo económico, se sobreimpone, aunque de manera temporaria y puntual, un movimiento de masas concertado. Esa intervención externa tiene repercusiones más vastas cuando es más directa: tal es la situación en la que un agente político toma a su cargo o estimula la unificación del fragmentado mundo del trabajo. Los ejemplos aquí son los provistos por la acción de los líderes nacionalistas que surgen entre los años veinte y cuarenta en América Latina (Haya de la Torre, Cárdenas, Vargas), y cuya intervención consistió en dar un principio de identificación, un lenguaje compartido a las masas trabajadoras, haciendo pasar al primer plano la experiencia de alienación política que, por sobre las diferentes modalidades de su inserción en la estructura productiva, constituía el denominador común de la condición popular en el antiguo orden patrimonialista.

La experiencia del peronismo puede ser considerada una variante de ese tipo de intervención externa. En efecto, a través de su discurso, de su política social, Perón facilitó la confluencia de los sectores de la vieja clase obrera y los nuevos trabajadores industriales en un movimiento sindical y político organizado nacionalmente. Aquí terminan, no obstante, las similitudes con los ejemplos evocados. Porque si la contrapartida de la unidad política popular alcanzada por intermedio de los líderes nacionalistas ha sido, habitualmente, un mundo del trabajo heterogéneo, en la Argentina de los años cuarenta dicho mundo del trabajo marchaba hacia su progresiva homogeneización en torno de la condición obrera moderna. Este contraste comporta diferencias muy significativas en cuanto a los alcances de la intervención política

¹⁴ TOURAINE, Alain: *Las sociedades dependientes*, Siglo XXI, México, 1976.

externa. Cuando la cohesión política de los trabajadores está asociada a un grado elevado de consistencia como clase, aumenta la capacidad del movimiento social que así se forma para actuar e influir sobre la sociedad. No sucede lo mismo cuando, detrás de la unidad lograda en el nivel político, subsiste un mundo del trabajo desgarrado por sus fracturas internas, por su heterogeneidad. En estos casos, dicha unidad permanece dependiente de la acción del agente político externo que la hace posible; lo que implica que se desarrolla una fuerza social manipulable, que sobrevive mal a la crisis de las coyunturas políticas en las que surge. El ejemplo del sindicalismo brasileño patrocinado por Vargas y Goulart, la discontinuidad de su peso social y político, esto es, el desenvolvimiento y luego la atrofia de sus organizaciones, es una prueba de ello.

Las relaciones del movimiento obrero y el peronismo tuvieron un signo diferente. La protección estatal entre 1944 y 1945 contribuyó, es verdad, a la constitución de un sindicalismo de masas nacional. Pero este sindicalismo, una vez estructurado, movilizó a una masa obrera cuyo poderío estaba en su fuerte articulación como clase, cumpliendo así un papel decisivo en la consolidación del propio régimen peronista —e incluso lo sobrevivió luego de su caída—. Los obstáculos que impedían su desarrollo no estaban en un mercado de trabajo dualizado por la penetración limitada del capitalismo, sino en las barreras organizacionales e institucionales puestas por el orden jerárquico y excluyente. La intervención disruptiva de la elite militar, al quebrar dichas barreras, abrió el campo a una fuerza obrera previamente formada en el marco de la industrialización de la década del treinta. Esto nos coloca delante de una doble realidad: *si las características de su incorporación política nos obligan a hablar de la heterónima popular, no es menos cierto que, paralelamente a esa acción política subordinada a las orientaciones que le vienen del Estado, es una acción de clase obrera la que se organiza y pasa a animar los conflictos de la sociedad argentina.*

VII. La coyuntura de 1945: la disputa por la representación de la voluntad popular

Con estos elementos, podemos ocuparnos de las relaciones entre la elite dirigente y el movimiento popular, pero ahora a partir del segundo ángulo de análisis, que es el de la relación de fuerza durante la coyuntura de la lucha por el poder que tiene lugar entre 1943 y 1946¹⁵. También aquí el punto de partida es el proceso de cambio político desatado desde el Estado y lo que interesa considerar es el lugar que habrán de tener las masas trabajadoras en el nuevo orden que surge. Los elementos a tomar en cuenta son, a este respecto, la magnitud y la unidad de la reacción de los sectores dominantes y la cohesión de la elite dirigente estatal.

Recordemos que el intervencionismo social del poder militar comienza siendo mucho más modesto de lo que luego será llevado a ser por los avatares de las luchas políticas: En primer lugar, está el hecho de que dicha intervención forma parte de una modernización de las relaciones de trabajo que intenta reformar el orden existente sin romper abiertamente con las clases patronales. En segundo lugar, la búsqueda de apoyos políticos por parte de Perón está orientada en la dirección de los partidos tradicionales, como ciertos sectores del radicalismo y el conservadorismo. Se trata de una intervención cuyas innovaciones son presentadas como si estuvieran al servicio de la regeneración del antiguo régimen y no en favor del establecimiento de otro totalmente nuevo: razonamiento que si está dictado por la prudencia política no es, sin embargo, independiente de que sean las fuerzas armadas el sostén de las reformas y la Iglesia quien les da la bendición. Son las verdaderas fuerzas conservadoras del país las que proyectan el futuro y preparan la escena para la entrada de las masas a la comunidad política nacional.

La voluntad transformista que alienta al proyecto del jefe de la elite militar está presente igualmente en el diseño de la apertura social; así, las viejas organizaciones sindicales son convocadas a colaborar con el Estado. Confinados como han estado a una existencia siempre en las fronteras de la legalidad, los dirigentes obreros de origen socialista y sindicalista no pueden evitar, a su turno, la tentación de responder al llamado, pero su respuesta está cargada de dudas y recelos sobre las finalidades de la colaboración. Ello conduce a que se establezca una alianza de compromiso, en la que la vieja guardia sindical procura extraer beneficios preservando su independencia, mientras que Perón se sirve de ella para iniciar su penetración entre los trabajadores. En esta etapa dicha operación de apertura es todavía solidaria con el carácter limitado que tiene el apoyo obrero en los cálculos políticos del jefe militar, o sea, con la pretensión de organizar al conjunto de las fuerzas de la producción bajo el arbitraje del Estado.

Se sabe ya que este proyecto cuidadosamente esbozado a la imagen de un bonapartismo está destinado a experimentar un giro rotundo cuando se pone en movimiento la ofensiva concertada de los

¹⁵ Sobre la coyuntura de 1943-1946 ver HALPERIN DONGHI, Tulio: *Argentina en el callejón*, Arca, Montevideo, 1964, y *Argentina, la democracia de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1972.

sectores medios y las organizaciones empresarias durante 1945. Cerrado el camino de los partidos, sobre todo después de la negativa a colaborar del líder radical A. Sabattini, confrontado a una oposición social y económica que se moviliza sin fisuras contra sube reformas laborales, el hombre fuerte de la Revolución de Junio se vuelve hacia las masas obreras. Este vuelco es así contemporáneo a un momento de debilidad. En estas circunstancias, son los decorados de la escena los que cambian.

En efecto, hasta aquí y desde 1943 el proceso de cambio político y la coyuntura histórica coinciden en la dirección que a uno y a otro le imprime la elite dirigente. Con la movilización del frente adversario y las divisiones del ejército, esa dirección flaquea y disminuye su control sobre los acontecimientos. Es así que el poder autoritariamente alojado en el Estado se libera, se dispersa por todos lados, dando lugar a un juego político en el que Perón deviene un actor entre otros. La prioridad de la iniciativa estatal sobre el comportamiento del movimiento popular tiende, entonces, a encogerse, lo que habrá de expresarse en la dilatación del margen de maniobra independiente de los dirigentes del antiguo sindicalismo. Tal es la situación que precede a la crisis de octubre de 1945, en la que Perón, luego de ser destituido y encarcelado por un sector del ejército aliado a la oposición, es rescatado de su muerte política gracias a la intervención de las masas organizadas por los sindicatos.

El 17 de octubre corporiza en el centro de la escena la presencia de esa nueva fuente de legitimidad conjurada desde las alturas del poder, la de la voluntad popular de las masas. Y, explicablemente, esa voluntad popular que se desprende de la descomposición del viejo orden conservador se convierte en el eje de luchas políticas. *Vemos, así, que entre Perón y la vieja guardia sindical se entabla una competencia por ocupar esa posición simbólica, por hablar en su nombre y apropiarse de la representatividad que emana de ella.* A ese fin, el líder militar radicaliza su discurso, multiplica sus gestos reformistas, en tanto que los dirigentes sindicales dan forma a un proyecto de autonomía política obrera creando el Partido Laborista.

Así, paralelamente a la lucha política y social que polariza la sociedad argentina en dos campos opuestos durante la campaña electoral con vistas a los comicios de febrero de 1946, habrá de desarrollarse otra confrontación entre las palabras rivales de Perón y la vieja guardia sindical, que buscan hacer suya la expresión de la voluntad del movimiento de masas emergente. Existe, sin embargo, entre quienes protagonizan esta disputa una igualdad ilusoria, que es producto de la debilidad política de Perón en los meses previos. Con la victoria electoral y la consagración plebiscitaria del jefe de la coalición triunfante, la realidad recupera sus derechos: es el momento en que se repone la centralidad de la iniciativa estatal que estaba en los orígenes del proceso de cambio político.

VIII. El peronismo se impone al laborismo

Evoquemos el contexto de este desenlace, iluminando desde un nuevo ángulo las fuentes de la heterónima popular.

En el pasado, el lugar político de las masas obreras estaba en los séquitos populares de los partidos tradicionales: el voto de los trabajadores era un voto radical en las zonas urbanas y un voto conservador en la campaña.

Los partidos de clase (el socialista y, en menor proporción, el comunista) contaban con las lealtades-políticas de fracciones muy reducidas del mundo del trabajo. Lo contrario sucedía en el plano sindical, donde los cuadros dirigentes se reclutaban entre militantes que respondían a ideologías de clase, con el apoyo incluso de los trabajadores simpatizantes de los partidos tradicionales: tal era el caso ejemplar de la Unión Ferroviaria, en el que la dirección era de origen socialista y sindicalista pero cuya reputación en los medios políticos era la de ser "un sindicato radical". Esta disociación de las lealtades obreras era la expresión de la coexistencia de un sistema político relativamente abierto en el marco del sufragio universal y de unas relaciones de trabajo débilmente institucionalizadas.

En un escenario semejante, los estratos obreros tienen un acceso indirecto a los recursos distribuidos a través del sistema político, como parte de las clientelas plebeyas de los partidos tradicionales —un acceso que no se interrumpe del todo en los periodos de fraude debido a la penetración popular de las máquinas electorales de cuño conservador—. Por otro lado, estos estratos obreros están insertos dentro de relaciones de trabajo marcadas por la precaria protección de las leyes y el predominio de la fuerza. Esta doble y contrastante pertenencia es la que tiende a movilizar sus lealtades políticas en torno de las luchas de influencias entre los partidos, al tiempo que orienta su adhesión en las empresas hacia los militantes que expresan, aún en la práctica sindical moderada de la época, la resistencia al arbitrio de las clases patronales.

Sobre este telón de fondo es preciso colocar el viraje de los alineamientos políticos y sociales que se produce a lo largo de 1945. Con la ofensiva concertada de los partidos y los intereses económicos contra Perón desaparecen los matices y es un orden político y social el que se unifica, compacto, en el rechazo a las

reformas que apuntan a ampliar la participación de los trabajadores. Y al hacerlo, cambia la trama en la que se definían las orientaciones obreras. Así, aquello que emerge en primer lugar en la movilización de masas del 17 de octubre es una suerte de exorcismo colectivo —el acto de liberación por el cual los sectores obreros rompen con los antiguos lazos que caucionaban sus lealtades—. Esta imagen primera, la de una clase que parece encontrar al fin su *cohesión interna*, la correspondencia entre sus orientaciones políticas y sus orientaciones sociales, es la que habrá de animar la acción de los fundadores del laborismo.

Pero lo que esta confiada visión de los líderes laboristas no logra capturar en su real significación es la consigna que desencadena la movilización de octubre: la libertad de Perón encarcelado. En rigor, durante la coyuntura de 1945 no tenemos a una masa obrera directamente enfrentada a una oposición política y social unida detrás de la defensa del viejo orden. Si este hubiera sido el caso, es probable que los fragmentos dispersos de las lealtades obreras se hubieran soldado espontáneamente en un movimiento político de clase. ¿Acaso no había sido en medio de los enfrentamientos contra un sistema político cerrado y un poder patronal hostil a toda forma de militancia obrera, que las masas trabajadoras de principios de siglo sellaron su unidad bajo las banderas del anarquismo? Lo que en esa época estaba ausente, para ocupar, en cambio, un lugar prominente en los conflictos de la Argentina de 1945, era *la intervención de una elite estatal* —una elite estatal que comenzara por asignarse el papel de árbitro para terminar siendo llevada a hacer un llamado directo a los trabajadores—. He aquí el elemento crucial que reorganiza el campo dentro del cual pasan a definirse las orientaciones obreras.

Pero lo que más importa destacar es que tanto la crisis de la dominación política tradicional sobre los sectores obreros, como la gestión de Perón dirigida a hacer de ellos miembros plenos de la comunidad política nacional, son los componentes de un proceso único y simultáneo. No hay, pues, como lo quiere la visión que inspira al proyecto laborista, primero la ruptura de los trabajadores con los antiguos lazos de partido, luego la rearticulación de sus lealtades políticas por una elite interna y finalmente el apoyo a un líder que por su origen es externo a ellos. Si es verdad que el 17 de octubre se asiste al surgimiento de una fuerza social políticamente nueva, por sobre las ruinas de la hegemonía de los partidos tradicionales, no es menos cierto que esa fuerza nueva da sus primeros pasos en defensa de Perón¹⁶. *El peronismo habrá de imponerse, así, al laborismo, lo que refleja el papel decisivo que juega el agente de movilización estatal por sobre los agentes directos de clase en el proceso de unificación de las masas obreras como sujeto político.*

La disolución del Partido Laborista por orden de Perón, la cooptación de la CGT en medio del silencio de las bases obreras, hacen caer, luego, de manera brutal, el velo de las ilusiones de la vieja guardia sindical. Protagonista de la coyuntura de los años 1943-1946, el sindicalismo no llega a ser, empero, *un actor independiente*. En rigor, él no controla las condiciones que hacen posible su intervención en la escena política, las que dependen, ampliamente, de la apertura estatal. Y es ese mismo Estado el que, investido ahora de la legitimidad popular, se le impone, subordinándolo a las necesidades de la gestión del nuevo régimen.

IX. La marca de los trabajadores en el peronismo

Aunque la reconstrucción realizada en nuestra investigación concluye en el momento del ascenso del peronismo al poder, hay una cierta arbitrariedad histórica en detener el análisis en la imagen fija del apogeo de la autoridad de Perón sobre el movimiento popular. El llamado a las masas como recurso para fortalecer la autonomía del Estado con respecto a los sectores dominantes es una constatación frecuente en los estudios sobre las elites nacionalistas en América Latina. En cambio, no es tan frecuente comprobar que por esa vía estas elites no hacen más que alejarse de su objetivo, terminando habitualmente a la cabeza de un movimiento que rompe el equilibrio de las fuerzas políticas existentes y activa las tensiones sociales¹⁷. El resultado no puede ser otro que la pérdida consiguiente de la autonomía del Estado y su absorción en el campo de los conflictos de la sociedad. Estas consecuencias son tanto más profundas cuanto más se estrecha el margen de sus alianzas y más estructurada es la consistencia de clase de los sectores populares convocados. Sabemos que estas condiciones se cumplen en el caso del peronismo.

En efecto, el triunfo del liderazgo popular de Perón es, paradójicamente, la instancia en la que el Estado queda expuesto a la acción de los trabajadores sindicalizados y se convierte en un instrumento más de su participación social y política. El conjunto de derechos y garantías al trabajo incorporados a las

¹⁶ IPOLA. Emilio de: *Ideología y discurso populista*. Folios, México, 1983.

¹⁷ SIGAL, Silvia y TORRE, J. C.: "Syndicats et travailleurs en conjoncturo populiste", en *Amerique Latine*, París, N° 7, 1981.

instituciones, la penetración del sindicalismo en el aparato estatal, todo ello aleja a Perón de su proyecto original, además de introducir límites ciertos a sus políticas, particularmente en el terreno económico. La tentativa de constitución de un Estado nacional termina dando lugar a un Estado que es —como lo era el de la restauración conservadora, si bien con un signo diferente— *también un Estado representativo*. Lo cual habrá de debilitar su legitimidad política.

Igualmente, el movimiento de unanimidad nacional, que debía replicar un modelo de partido semejante al PRI mejicano, concluye siendo un movimiento fuertemente determinado por la presencia obrera organizada. Incluso la ideología de paz social y orden bajo cuyos auspicios el país debía marchar hacia la integración de su comunidad política estará atravesada por los efectos del componente de clase del peronismo. Así, el liderazgo popular de Perón le impondrá una renegociación constante de su hegemonía sobre las masas obreras; y esto lleva al régimen a recrear periódicamente sus condiciones de origen. Entonces la palabra de Perón se desdobra y por la voz desgarrada de Evita es revivido el clima de 1945 y se actualiza en toda su fuerza primigenia la conflictualidad de los antagonismos sociales. *Estado, movimiento e ideología estarán marcados, pues, por el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores, resultante de la gestación y el desenlace de la coyuntura en la que el peronismo llega al poder.*

RESUMEN

El artículo es una nueva contribución al debate sobre los orígenes del peronismo y el papel de los trabajadores. Luego de revisar las interpretaciones existentes, el autor propone una versión alternativa que parte de la caracterización del movimiento de masas peronista como uno que articula una conciencia política heterónoma y una acción de clase. Para dar cuenta de ese doble y contradictorio perfil enfatiza, por un lado, las modalidades del proceso de cambio político que tiene lugar entre 1943 y 1946 y, por otro, la naturaleza de la modernización económica de la década precedente. El artículo se ocupa asimismo de las vicisitudes del proyecto político de Perón y las examina a la luz del sobredimensionamiento del papel que tienen los trabajadores en la coyuntura en la que el peronismo accede al poder.